
ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Fores. — Habitación en el Palacio.

Entra BANQUO.

BANQUO. ¡Rey por fin eres! ¡Glamis, Cádor! ¡Todo!
Cual dijeron las brujas, y recelo
Que obraste con traición para lograrlo.
Pero no ha de quedar en tu familia.
Soy yo quien ha de ser padre de reyes;
Y si es verdad lo que sus labios dicen,
Como, Macbeth, en tí se ha confirmado,
¿Por qué, pues, son contigo tan veraces,
No podrán ser oráculos conmigo,
Y mi ambición colmar? Silencio. Basta.

Entran MACBETH de rey, LADY MACBETH de reina,
LÉNNOX, ROSS, Señores, Damas y acompañamiento.

MACBETH. El huésped principal aquí se encuentra.

L. MACB. Si nos faltara en nuestro gran banquete,
Grande fuera el vacío.

MACBETH. Á una solemne cena, que esta noche

En la puerta espera hasta que llame.

(Vase el sirviente.)

Ayer hablamos.

ASES. 1.º

Sí, señor.

MACBETH.

¡Ahora!

¿Habéis tomado en cuenta lo que os dije?
 Por él y no por mí, como pensasteis,
 En el pasado os visteis oprimidos.
 En la entrevista que tuvimos, puse
 También de manifiesto de qué modo
 Él os supo explotar, cómo burlaros,
 Quiénes fueron sus cómplices; y, en suma,
 Quedó el asunto claro lo bastante
 Para que el más estúpido ó demente
 Exclamara: «Fué Banquo.»

ASES. 1.º

Tal hicisteis.

MACBETH.

Tal hice y hago más; porque el objeto
 Sabréis de esta entrevista. ¿La paciencia
 De tal modo en vosotros predomina
 Que lo toleraréis?—¿El Evangelio
 Os obliga á rezar por ese hombre
 Tan excelente y por su raza entera,
 Cuando con dura mano hacia el sepulcro
 Os lleva para siempre empobrecidos?

ASES. 1.º

Hombres somos, señor.

MACBETH.

Sí tal, sois hombres,

Cual reza del catálogo que perros
 Son los galgos, podencos y lebreles,
 Perdigueros, sabuesos y mastines,
 Perros de agua y de presa. Se distinguen,
 No obstante, en ser activos, ó pausados,
 Por su astucia, cual guardas ó en la caza,
 En consonancia justa con los dones
 Que entre ellos repartió naturaleza;

Y por eso se agrega á cada uno
 Distintivo especial en esa clase
 En que con nombre igual se los denota.
 Tal pasa con los hombres; y, por tanto,
 Si el ínfimo lugar en esa serie
 Humana no ocupáis, luégo decidlo.
 Empresa he de sembrar en vuestros pechos
 Que de esos enemigos os redima,
 Y á nuestro corazón os encadene;
 Pues con su vida mi salud se gasta,
 Y perfecta sería con su muerte.

ASES. 2.º De esos soy yo, señor, á quien el mundo
 Con azares y golpes de tal modo
 Ofendiera, que haría cualquier cosa
 Para ofender al mundo.

ASES. 1.º Yo lo mismo.
 Tan harto de desastres y de luchas,
 Que mi vida en cualquier albur jugara
 Para enmendarla ó darle fin.

MACBETH. Pues Banquo
 Ya os dije yo que es enemigo vuestro.

ASES. 2.º Es muy cierto, señor.

MACBETH. También lo es mío.
 Y en tan sangrienta inmediateción, que hiere
 Cada minuto de su sér mi vida.
 Y aunque pudiera, porque así me cuadra,
 Barrerlo de mi vista sin reparo,
 No quiero hacerlo, porque amigos suyos,
 Que míos son al par y me conviene
 No perder, tal acción lamentarían.
 Por esto yo reclamo vuestro auxilio,
 Para velar del público el asunto,
 Cual veis, por circunstancias poderosas.

ASES. 2.º Lo que ordenéis, señor, habrá de hacerse.

ASES. 1.º Aunque cueste la vida.

MACBETH.

Claro luce

El ánimo en vosotros. Sin tardanza
Os tengo de avisar donde apostaros.
Noticias claras os daré del sitio,
Y del momento justo; porque debe
En esta misma noche ejecutarse.
Y lejos del Palacio; pues ya os dije
Que es preciso que á mí nadie me inculpe.
Ni dejaréis señal ni rastro alguno.
Va Fleancio, su hijo, en su compañía;
Y, como la del padre, me interesa
Su desaparición; por tanto, sufra
También la suerte del fatal momento.
Resolved solos, volveré más tarde.

LOS 2 ASESES Ya, señor, resolvimos.

MACBETH.

Sin demora

Vendré á veros. Entrad. ¡Está acabado!

(Vanse los asesinos.)

Si tu alma, Banquo, se encamina al cielo,
Esta noche ó jamás remonte el vuelo.

ESCENA II.

Otra habitación en el Palacio.

Entran LADY MACBETH y un SIRVIENTE.

L. MACB. ¿Está Banquo en la corte?

SIRVIEN.

No, señora;

Pero vuelve esta tarde.

L. MACB.

Breve rato

Dí que al Rey quiero hablar.

SIRVIEN.

Seréis servida.

(Vase el sirviente.)

L. MACB. Nada se obtiene: todo se malogra
Si nuestro anhelo sin placer se logra.
La paz de nuestras víctimas reemplace
Al falso goce que del crimen nace.

Entra MACBETH.

Dueño mío, ¿por qué tan solitario,
De tristes pensamientos en compañía,
Y acosado de ideas que debieron
Morir con los sucesos que recuerdan?
Hecho quede lo hecho.

MACBETH.

Sólo herimos:

No logramos matar á la serpiente.
A la lid volverá mientras incautos
De sus dientes estamos al alcance.
Desquiciése la tierra y arda el mundo
Antes que en tal terror pruebe alimento,
Antes que duerma entre el nocturno espanto
De estos hórridos sueños que me acosan.
Más me valiera estar con los difuntos
A quienes muerte di para ensalzarme,
Que yacer en el lecho del tormento
Del éxtasis convulso de mi mente.
Duncan en su sepulcro ya tranquilo
Duerme acabada su febril carrera.
Ya la traición no teme, ni puñales,
Ni venenos, ni guerras, ni discordias;
Nada le alcanza.

L. MACB.

Dulce dueño, vamos:

Ese ceño desruga, y esta noche
Que alegre nuestros huéspedes te vean.

MACBETH. Sí tal. Y á tí también, querida mía;
 Acuérdate de Banquo solamente:
 Halágalo con ojos y palabras:
 Aun no estamos seguros; y entre tanto,
 Es fuerza que la honra en los arroyos
 De la servil adulación se lave:
 Que nuestros rostros máscaras se tornen
 Para ocultar al corazón.

L. MACB. ¡Oh, cesa!

MACBETH. Sierpes sin fin mi espíritu devoran,
 ¡Oh dulce esposa mía! Banquo vive,
 Y Fleancio también.

L. MACB. No son eternos.

MACBETH. Eso consuelo es.—Son vulnerables.
 Alégrate: no bien su claustro deje
 El murciélago vil, ó el monotono
 Zumbido del inmundo escarabajo
 Dé el somnífero toque de la noche,
 Acto tremendo ejecutarse debe.

L. MACB. ¿Qué se va á hacer?

MACBETH. Ignóralo, paloma,
 Hasta aplaudirlo. — Ven, noche que ciega:
 Cubre los ojos al clemente día,
 Y tu mano sangrienta é invisible
 Cancele y rompa la hipoteca infausta
 Que me hace temblar. La luz se espesa,
 Y vuela el cuervo al bosque donde anida;
 Las bellezas del día desfallecen,
 Y de la noche los agentes negros
 Al botic se abalanzan.— ¡Estas frases
 Te asombran! ¡Calla! A lo que mal empieza
 Solo el crimen dar puede fortaleza.
 Así, pues, ven conmigo.

ESCENA III.

Un parque con una entrada que conduce al Palacio.

Entran tres ASESINOS.

ASES. 1.º ¿Quién te mandó venir?

ASES. 3.º Macbeth.

ASES. 2.º No es justo

Que de él vayamos á dudar, pues sabe
Nuestra misión; y á lo que hacer debemos
Nos encamina.

ASES. 1.º Quédese en buen hora.

Aun vacila la luz en Occidente.
Ya espolea el viajero su caballo
Para alcanzar posada.—Ya se acercan
Los que esperamos.

ASES. 3.º Suenan herraduras.

BANQUO. ¡Hola! ¡una luz! (Dentro).

ASES. 2.º Él es. Los que le aguardan
En la explanada están.

ASES. 1.º Y los caballos
Se llevan.

ASES. 3.º Á distancia de una milla.
Pero él, generalmente, como todos,
A pie de aquí á Palacio se dirige.

BANQUO. ¡Una luz! ¡una luz!

ASES 3.º Él es.

ASES 1.º Espera.

Entran BANQUO y FLEANCIO y un criado con antorcha.

BANQUO. Pues esta noche lloverá.

ASES. 1.º ¡Que caiga! (Hiere á Banquo.)

BANQUO. Traición. Huye, hijo mío, huye, huye:
Quizás puedas vengarme.—¡Vil esclavo!
(Muere. Fleancio huye.)

ASES. 3.º ¿Quién apagó la luz?

ASES. 1.º ¡No fué bien hecho?

ASES. 3.º Uno sólo cayó. Fugóse el hijo.

ASES. 2.º Una mitad perdemos del negocio.

ASES. 1.º Vamos á referir lo que ha pasado.

ESCENA IV.

Estrado en el Palacio.—Un banquete.

Entran MACBETH, LADY MACBETH, ROSS, LÉNNOX,
SEÑORES y acompañamiento.

MACBETH. Vuestros rangos sabéis. Tomad asiento.
A todos doy la bienvenida.

SEÑORES. Gracias.

MACBETH. A vosotros unido, del banquete
Los honores haré. La Reina nuestra
Ocupe el trono; mas vendrá el momento
En que hemos de pedir su bienvenida.

L. MACB. Por mí dadla, señor, á estos amigos.
Cordialmente, señores, os saludo.

MACBETH. Ved: con el corazón os lo agradecen.
(Aparte á Lady Macbeth).

Iguales ambos lados.—Yo en el centro.

(Aparece el ASESINO primero á la puerta.)

Que sin ellos insípidos serían.

MACBETH. ¡Dulce Mentor! Del apetito hoy sea
La buena digestión esclava humilde,
Y de ambos la salud.

LÉNNOX. Señor, sentaos.

MACBETH. La honra aquí del país se cobijara
Si el dignísimo Banquo no faltase,
A quien quiero culpar de negligente,
Y no compadecer por contratiempo.

Entra la sombra de Banquo y se sienta en el sillón
de Macbeth.

LÉNNOX. Á su tardanza su promesa inculpa.
Que vuestra Majestad se sirva honrarnos
Con su real compañía.

MACBETH. No hallo sitio.

LÉNNOX. Aquí, señor, tenéis el vuestro.

MACBETH. ¿Dónde?

LÉNNOX. Aquí, señor.—Mas ¿qué es lo que os agita?

MACBETH. ¿Quién de vosotros es quien esto hizo?

LÉNNOX. ¿Qué, señor?

MACBETH. No diréis que yo lo hice.—

No me mires moviendo tus cabellos
Empapados en sangre.

Ross. Alzaos, que indispueto el Rey se halla.

L. MACB. No tal, sentaos. A mi esposo, amigos,
Esto suele ocurrir desde muy joven.
Permaneced sentados. Os lo ruego.
Es momentáneo el trance, y ahora mismo
Le pasará. Si en él hacéis reparo,
Le ofenderéis, y aumentará su angustia.
Comed, no le hagáis caso.—¿Y eres hombre?

(Aparte á Macbeth.)

MACBETH. Y un valiente, pues miro cara á cara
Lo que al mismo Satán espantaría.

L. MACB. ¡Brava sandez! ¡Del miedo son creaciones!
Es el puñal aéreo que dijiste
Que á Duncan te guió.—Tales salidas
Y sobresaltos tu pavor delatan,
Y cuadrarían á raíz de un cuento
Que, al amor de la lumbre, tosca joven
Narrara con permiso de su abuela.
¡Qué vergüenza! ¡Qué gestos son los tuyos?
¡Acaba! y tu sillón verás tan sólo.

MACBETH. No tal. Mira. Contempla. ¿Lo estás viendo?
Y ahora ¿qué dices? Pero ¡qué me importa!
Meneas la cabeza. Pues bien, habla.
Si las tumbas y osarios nos devuelven
Lo que enterramos, los palacios sean
Comederos de buitres. (Vase el fantasma.)

L. MACB. Pero dime,
¿Tan de remate estás?

MACBETH. ¡Por vida mía!
Te juro que lo he visto.

L. MACB. ¡Qué vergüenza!

MACBETH. Antes de ahora derramóse sangre:
En los remotos tiempos, cuando al mundo
Aun no purgaban saludables leyes.
Y aun crímenes después se cometieron
Cuyo relato espanta. Pero entonces
Los hombres cuyos sesos se saltaban
Morían y no más. Pero ahora vuelven,
Y de nuestros sillones nos arrojan.
¡Es esto aun más extraño que mi crimen!

L. MACB. Tus amigos, señor, te echan de menos.

MACBETH. Me olvidé. Nobilísimos amigos,
No os ocupéis en mí. Quien me conoce

Ni advierte mi dolencia extraordinaria,
 ¡Vamos! ¡Salud y mi amistad á todos!
 ¡Siéntome, pues! Llenad con colmo el vaso.
 Brindo por el contento del concurso,
 Y á la salud de Banquo, nuestro amigo,
 Que nos falta. ¡Plugiera á Dios llegase!
 Por vosotros, por él. Brindo por todo.
 Para todos.

(Vuelve á aparecer la sombra de Banquo.)

SEÑORES. Es nuestro vuestro brindis.

MACBETH. ¡Atrás! Huye de mí. Que te confunda
 La tierra. Están sin tuétano tus huesos.
 Helada está tu sangre; no se fija
 La imagen en tus ojos relucientes.

L. MACB. Es, señores, su ataque conocido;
 No es otra cosa, mas la fiesta enturbia.

MACBETH. Me atrevo á hacer lo que haga el más valiente.
 Ven cual oso feroz, cual formidable
 Rinoceronte, ó tigre de la Hircania,
 Y en cualquier otra forma menos esa
 No temblarán mis nervios impasibles.
 Ó vive nuevamente, y al desierto
 Cítame con tu espada; si á encontrarte
 Trémulo acaso voy, de una nodriza
 Proclámame la cría. ¡Fiera sombra!
 ¡Atrás: atrás, quimérico fantasma!

(Desaparece el fantasma.)

¿Te vas? Pues, ido, torno nuevamente
 A ser hombre.—Sentaos. Yo os lo ruego.

L. MACB. Has aguado la fiesta, y fin pusiste
 A la reunión con tu demencia extraña.

MACBETH. ¿Cómo es posible que esto sobrevenga,
 Cual tormentosa nube de verano,
 Sin causar nuestro asombro? Mas ahora

Aun de mí propio dudo, cuando miro
Que podéis contemplar tales visiones
Conservando el carmín de las mejillas,
Mientras las mías emblanquece el miedo.

ROSS. ¿Qué visiones, señor?

L. MACB. Callad, suplico.

Crece su mal. La discusión le ofende.
A separarnos, pues. Que no os detenga
La etiqueta al partir; mas idos presto.

LÉNNOX. Felices noches, y que obtenga alivio
Su majestad.

L. MACB. A todos buenas noches.

(Vanse todos menos Macbeth y Lady Macbeth.)

MACBETH. ¡Sangre pide! La sangre, sangre pide,
Así dicen. Las piedras se movieron:
Los árboles hablaron al influjo
De un augur ó por causas naturales.
Por medio de una urraca, ó cuervo ó grajo
Hallóse al asesino más oculto.
Y ¿cómo va la noche?

L. MACB. Con el día

Luchando está.

MACBETH. Mi autoridad rehusa

Macduff obedecer; ¿qué te parece?

L. MACB. ¿Le llamaste?

MACBETH. Por otro lo he sabido.

Mas le voy á llamar. No existe uno
En cuya casa no mantenga espías.
Iré mañana á ver, iré temprano,
A las hermanas hechiceras. Quiero
Saber ya más y averiguar es fuerza
El mal por malos medios. Cuanto existe,
En mi provecho doblegarse debe.
Vasto lago de sangre me circunda,

Y ya de sus orillas tan distante,
Es lo mismo el volver que el ir avante.
Vaya á mis manos lo que al alma agita.
Obrar sin discutir se necesita.

L. MACB. La sal te falta de la vida.—Sueño.

MACBETH. Durmamos, pues.—Procede como iluso
Mi pánico novel, falto de uso.
¡Joven aun es mi crimen! (Vanse.)

ESCENA V.

Truenos. — La dehesa.

Entran las tres BRUJAS al encuentro de HÉCATE.

BRUJA 1.^a Tu ceño indica, Hécate, tu enojo.

HÉCATE. ¿Y acaso sin razón, impertinentes
Viejas audaces? ¿Cómo á vuestro antojo
Traficáis en enigmas y en mortales
Asuntos con Macbeth, dispensadora
Yo de vuestro poder, de humanos males
Yo la única autora;
Sin contar con mi ayuda necesaria
Al brillar nuestra ciencia extraordinaria?
¡Y es lo grave que hicisteis todo esto
Por un sér ambicioso y vengativo
Que nada os agradece, por supuesto,
Y sólo en su ambición halla incentivo!
Más juicio en lo futuro;
Y antes que el sol colore el horizonte,
Venid á las cavernas de Aqueronte.
Ni falte ampolla, encanto, ni conjuro,

Ni objeto, ó cosa alguna.
 ¡Ahora á los aires! que esta noche es fuerza
 Que acto mortal y pavoroso ejerza.
 ¡Ardua mi empresa es! que de la luna
 Pende túrgida gota vaporosa
 Que he de coger, antes que caiga, hoy mismo.
 Mi magia poderosa
 Al destilarla, genios tan arteros
 Evocará, que hacia el profundo abismo
 Irá tras sus engaños lisonjeros.
 Mofará de su suerte,
 Despreciará la muerte;
 Y ha de ser más potente su esperanza
 Que su fe, sus recelos ó su juicio;
 Y sabéis que excesiva confianza
 A los hombres conduce al precipicio.

UNA VOZ DENTRO. Venid, venid, venid.

HÉCATE. Mi lindo genio ya me llama, oíd;
 En esa nube vaporosa está. (Vase.)

BRUJA 1.^a Vámonos, pues, que presto volverá. (Vanse.)

ESCENA VI.

Fores.— Habitación en el Palacio.

Entran LÉNNOX y un SEÑOR.

LÉNNOX. Hiere vuestra razón lo que antes dije.
 Pues id algo más lejos.—Digo sólo
 Que es raro lo ocurrido.—Condolióse
 Macbeth del pobre Duncan.—¡Muerto estaba!
 Muy tarde salió Banco de paseo;

Y me diréis que lo mató su hijo,
 Pues huyó.—¡Quién de noche así pasea!
 ¿Quién no dirá que fué contra natura
 De Donalbain y Málcolm el horrendo
 Parricidio?—¡Fué hazaña monstrüosa!
 ¡Cuál contristó á Macbeth! ¿En aquel punto
 No hizo pedazos á los dos culpables,
 Que el sueño y la bebida esclavizaban,
 Lleno de honrada indignación? Decidme:
 ¿No obró con gran lealtad?—Y con talento.
 ¿A qué pecho no hubiera enardecido
 Oír que lo negaban? Por lo tanto
 Se condujo muy bien; y me presumo
 Que si bajo su llave se encontraran
 (Lo que no será fácil, si Dios quiere)
 Los dos hijos de Duncan, ya verían
 Lo que es matar á un padre. Pues lo propio
 Viera el hijo de Banquo.—Pero, basta,
 Pues sé que por charlar y sustraerse
 Del festín del tirano, Macduff vive
 Hoy en desgracia. ¿Me podéis acaso
 Decir dónde se encuentra?

SEÑOR.

El heredero
 De Duncan, de quien roba el patrimonio
 Este tirano, en Inglaterra vive,
 Y Eduardo el Pío tan gentil le acata,
 Que la fiereza de su aciaga suerte
 Allí no pudo mancillar su brillo.
 Macduff, del Santo Rey marcha á la corte,
 A impetrar que al valiente Duque Suardo
 En nuestra causa interesar consiga.
 Con su auxilio (que el Dios de las alturas
 Sancionará) podremos nuevamente
 Vivir seguros y dormir tranquilos,

Exentos del puñal nuestros festines;
Mostrar lealtad, y vernos respetados,
Universal anhelo.—Tales nuevas
Al Rey exasperaron de tal modo
Que á declarar la guerra se dispone.

LÉNNOX. Mas ¿no llamó á Macduff?

SEÑOR.

Así lo hizo,
Mas con un seco «No, señor» responde;
Y ya vuelta la espalda al mensajero,
Entre dientes parece murmuraba:
«Ya os pesará que á daros tal respuesta
Mi posición me obligue.»

LÉNNOX.

Y esto acaso
Cautela le aconseje, y que á distancia
Conveniente se ponga.—Un ángel bueno
Vuele á Inglaterra, y antes que retorne
De allí Macduff, divulgue cuanto ocurre;
Y pronta bendición de nuevo alegre
A esta patria infeliz que mano infame
Osa oprimir.

SEÑOR.

¡Que él lleve mis plegarias! (Vanse.)
